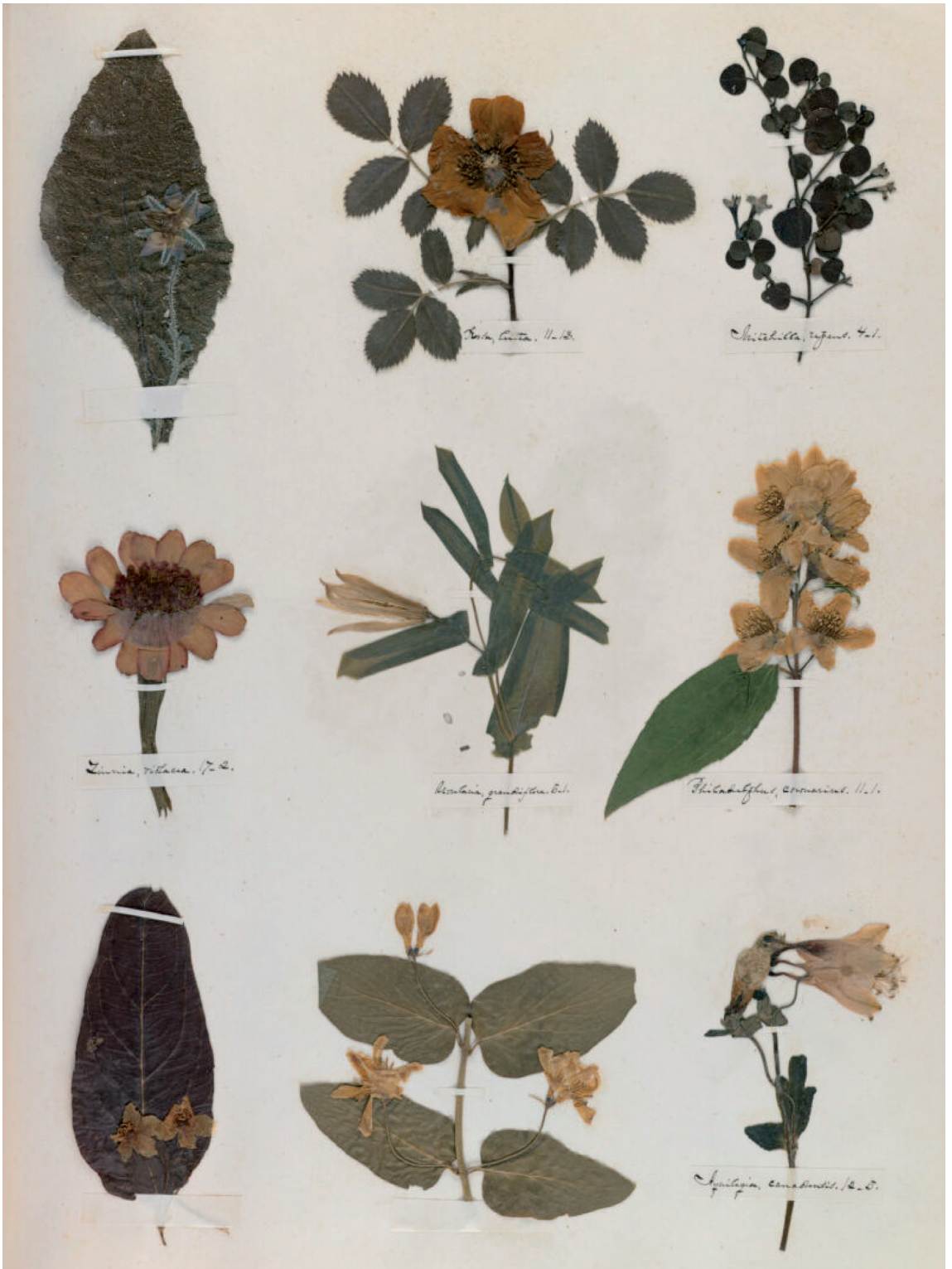


Emily Dickinson: poemas, flores en transformación

LORENZO OLIVÁN

Cuánto marca una infancia nuestra manera de ver, nuestra manera de estar en el mundo. Conviene prestar mucha atención a lo que nos dice un poeta sobre cómo fue el contacto con lo real durante sus primeros años de existencia, en los que se moldean sus sentidos. Resulta fácil distinguir al escritor que maneja las palabras como simples etiquetas y al que las maneja convirtiéndolas en síntesis de experiencias que las individualizan y las hacen vibrar. Atendamos a esta confesión de Emily Dickinson en una de sus cartas: «Cuando de Niña pasaba mucho tiempo en los Bosques, supe que la Serpiente me mordería, que podía coger una flor venenosa o que los Duendes podían raptarme, pero seguí yendo y no me topé más que con Ángeles que estaban mucho más intimidados por mí de lo que yo podía estarlo por ellos, de modo que no tengo confianza en el fraude que muchos practican». ¿Qué luz arroja sobre Emily este fragmento? Se encierra en él su cuestionamiento radical de las convenciones. «Irán todos al templo habitual a escuchar el habitual sermón.» Y se percibe la fe que la llevaría más lejos, «una fe en cosas no vistas», porque lo sobrenatural en ella, como afirmará en otro pasaje, no era otra cosa que lo natural desvelado.

Hacia 1845, en su adolescencia, sabemos que empezó a elaborar un herbario en el que recogió y clasificó más de cuatrocientas flores y plantas. Y en su casa natal de Amherst, cuidaba de un invernadero: «Mis flores son cercanas y foráneas y solo tengo que cruzar el piso para estar en las Islas Especias». «Islas Especias», así denominaba a esa suerte de ínsulas extrañas, como si se tratara de un espacio doméstico que propiciaba el viaje imaginario a otro lugar. Y también sabemos, por otra de sus cartas, que en uno de sus viajes de corto alcance le impresionó el cementerio Mount Auburn, fundado en 1831: el primer cementerio-jardín de Estados Unidos, en Massachusetts, un dato relevante, dado el peso que va a jugar el ámbito de la muerte en sus versos.



Pavia, lactea, H. B.

Chiracalla, rugosa, F. L.

Linnia, vitacea, F. L.

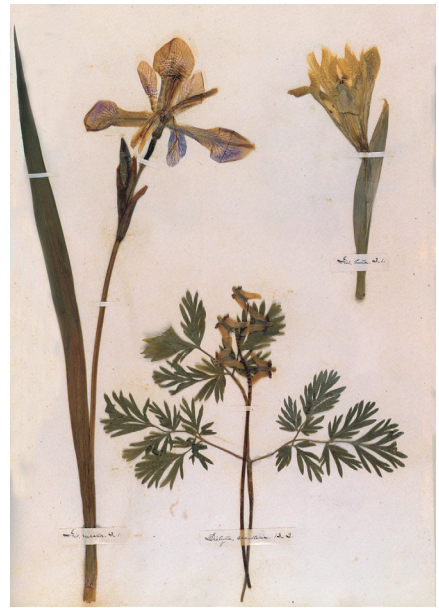
Acrotaria, grandifolia, B. L.

Philadelphus, coronatus, H. B.

Aquilegia, canadensis, L. C.



Emily Dickinson Herbario c. 1839-1846



Emily Dickinson Herbario c. 1839-1846

Pero, además de esa imagen de Emily Dickinson en los bosques desde niña, o de esa otra que la vincula a su herbario y a su invernadero, o de esa tercera que la dibuja en un jardín entre tumbas ¿qué imágenes arraigaron en lo más hondo de la mente de esta mujer para que las flores se convirtieran en su poesía en un símbolo tan rico, tan ambiguo y cambiante?

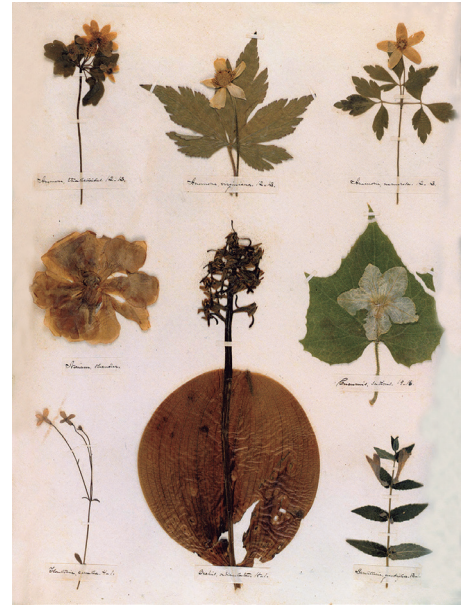
En ellas vio la esencia de lo vivo en transformación permanente y se fueron erigiendo en el elemento que mejor aglutinaba belleza, tiempo, muerte, paraíso y resurrección. Es decir, le sirvieron como emblemas de nuestro vivir, pero también le sirvieron para restarle abstracción a lo divino: para bajarlo a tierra. Fijémonos, en este poema, cómo las conecta, en parte, con lo metafísico:

Una dama encarnada allí, en el monte,
 su secreto manual tiene escondido;
 por los bancales una dama blanca
 en un plácido lirio se ha dormido.

Las hacendosas brisas con escobas
 limpian el valle, la colina, el árbol.
 Lindas amas de casa, decidme, yo os lo ruego
 ¿quién podría ser el huésped esperado?



Emily Dickinson Herbario c. 1839-1846



Emily Dickinson Herbario c. 1839-1846

Nadie llenó mejor la soledad de huéspedes, de ausencias presentes. Nadie hizo de la soledad de la casa o de la muerte un espacio tan prometedor. «I hide myself within my flower» («me escondo en mi flor, dentro»), dirá en un verso suyo. Y seguramente ese encierro que se abre podría trazar el gesto esencial de su biografía, e incluso de su poética.

De alguna forma, las flores para Emily Dickinson se transformaron en un símbolo múltiple en que podían ser la mejor imagen de ella misma, de la vida que muere y que renace, y de un posible paraíso. Se expandieron en tantos planos de realidad e irrealidad que libó en ese símbolo pleno como una laboriosa abeja ebria:

Oh Paraíso, llega lentamente.
La boca a ti no usada,
tímida, saborea tus jazmines
como la abeja casi desmayada

en torno a su aposento
va murmurando cuando tarde acude
a la flor, cuenta néctares y entra
y se queda perdida en su perfume.

Si aquí la flor y el paraíso se confunden, en el otro extremo, las flores podemos ser nosotros, los simples mortales. Basta con que lo divino pase a identificarse con el sol. Las mayúsculas ayudan incluso a dirigir las metáforas:

Suave sigue al Sol la margarita,
y cuando ha terminado su paseo de oro,
a sus pies se acurruca, tímida. Y él despierta
y ve la flor cercana.
«¿Cómo has venido aquí merodeando? Dime.»
«Porque el amor es dulce», le contesta.

«Tú eres el Sol, la flor somos nosotros.
Perdónanos si, cuando ya declinan los días,
furtivamente a Ti nos acercamos,
con enamoramiento del ocaso que huye,
de la paz y del vuelo y la amatista,
y de lo que la Noche puede darnos.»

Como ella dejó dicho, a una fe «that doubts as fervently as it believes» (ya la hemos retratado rechazando ir al templo a escuchar sermones) no se le podía exigir una única visión sobre lo que nos espera tras la muerte. No obstante, se comprueba cómo incluso ante el misterio de la resurrección aprendió más de la naturaleza que de la *Biblia*:

Los vecinos aún nada sospechan,
pero los bosques cambian ya sonrisas,
Y el huerto y el ranúnculo y el pájaro
¡qué poco tardarían!

Pero ¡qué calma aún en el paisaje!
y el seto no aparenta maravilla,
como si fuera la resurrección
la cosa más sencilla.

En definitiva, la complejísima experiencia poética que Emily Dickinson desarrolló a partir de las flores y de las plantas ilustra hasta qué punto superó un enfoque descriptivo de la real. Solo desde esa óptica una casa y sus alrededores pueden expandirse hasta englobar el mundo y el trasmundo. Estamos ante una poeta enamorada del enigma y de lo sutil, que ella engrandeció al lograr que cada cosa pudiera encontrar un extraño punto de fuga de sí misma. A sus

poemas los llamaba también flores. Y en verdad se comprueba que si por algo destacan es porque se abren y muestran en transformación. Por eso están tan vivos.

Se estrecha mi capullo, me ciegan los colores
y estoy buscando el aire en torno mío;
saber oscuramente que voy a tener alas
afea mi vestido.

Poder de mariposa
será este don del vuelo:
prados de majestad nos brinda, fácil
huida por el cielo.

Así, he de calcular al ver el signo,
y cuando me hagan seña, perpleja he de quedarme,
y erraré alguna vez si al fin encuentro
esa divina clave.

Despidámonos con este original autorretrato de la poeta rompiendo su crisálida. Y miren muy despacio su palabra final, como la mejor flor entre las flores.

«Clave» que abre y que cierra. Como una ardiente bruma, que revela escondiendo. En ella, Emily Dickinson. 

Lorenzo Oliván, poeta y traductor

TRADUCCIÓN DE POEMAS Marià Manent
(E. Dickinson, *Poemas*, Barcelona, Juventud, 1994)